





# 12.000 Kilómetros Más

Viviana Bertalmio



Ediciones  
Alféizar

© 2018

Editado por Ediciones Alféizar

C/ Joan Carles I - 41

46715 - La Alquería de la Condesa - Valencia - España

Copyright texto: Viviana Bertalmio

Autor portada: Enrico Pitton

Email: [info@edicionesalfeizar.com](mailto:info@edicionesalfeizar.com)

Web editorial: [www.edicionesalfeizar.com](http://www.edicionesalfeizar.com)

ISBN-13: 978-84-949673-0-6

Depósito Legal: V-3329-2018

*Agradecimiento, a mis hijos, pareja, madre, hermanos, primos, amigos y seguidores lectores, a la confianza que han depositado en mí y me han acompañado.*

*A los directivos de la empresa Punt de Joc y directivos y compañeros de Radio Taxi.*



Son las tres de la mañana de un jueves, allá por el año dos mil siete, estoy recorriendo avenidas cuando un señor me estira la mano.

—¡Taxi, taxi!

—¡Buenas noches!

—¡Uep!, una dona?

—Sí, y espero que no sea machista (risas).

—¡Qué va!, me gusta más que me lleve una chica que un chico. Ellos parecen tener la prisa que yo no tengo —risas nuevamente—. Me da vergüenza decirle a dónde quiero que me lleve, pero supongo que usted estará acostumbrada.

—Usted tranquilo, yo solo soy su chófer en este momento y me abstengo de pensar nada, bastante tengo con pensar en mis cosas, como para ponerme a pensar en su vida, sin ofender claro.

—Necesito que me lleve a Son Banya y me espera, yo solo entro y salgo, ahí ya me conocen y al verme a mí, a usted ni la tocaran, se lo prometo con mi vida.

—Yo estoy tranquila siempre y cuando me pague. Este trabajo es así.

—Lo entiendo y le pagaré por adelantado.

—He tenido mucha suerte de que me lleve, ni los hombres me llevan cuando les digo el sitio.

—La verdad que a mí no me gusta ir a ese sitio, me da

escalofrío, pero soy un servicio público y como tal quiero cumplir con mi trabajo.

En cuanto bajó cerré las puertas por si alguien me sorprendía, miraba para todos lados, veía mucho movimiento para la hora que era, era mi primera vez en ese sitio.

Muchos compañeros me habían advertido de que no fuera a ese sitio porque nos tiraban piedras y era muy peligroso, que se vendía droga. Era un sitio donde había mucho dinero, droga, joyas y gente en muy mal estado debido a las drogas.

Yo miraba para todos lados y veía todo tipo de personas, también veía que llegaban otros compañeros, pero de otro municipio, es verdad eso que dicen de que ese sitio parecía un supermercado, yo lo vi con mis propios ojos.

Sigo mirando para todos lados cuando un chico bastante joven me golpea el cristal, me habla, pero no quiero bajar el cristal, le digo que estoy esperando a un cliente y que no puedo abrir el cristal. Él se empieza a enfadar y me golpea aún más fuerte, empiezo a acelerar, pero sin poner las marchas, era para llamar la atención de mi cliente, para que se diera prisa o para que saliera a mirar que yo no me había ido.

Me dio resultado, pues mi cliente salió alterado y gritando en todo momento, el chico que estaba a mi lado se empezó alejar del coche, estaba en muy mal estado y lo hacía muy despacio, le costaba caminar.

En cuanto sube mi cliente me pide que le lleve hasta el paseo marítimo.

Esa noche seguí trabajando como cada día, por suerte todas las siguientes carreras habían sido de lo más normales.

Deseando llegar a casa para darle el pecho a Thomas, me iban a reventar y no aguantaba el dolor.



Sobre las seis de la mañana como casi cada día le tenía que dejar el taxi en la puerta a Nury, siempre procuraba ser puntual. Era su hora de empezar y cuando uno coge una hora de empezar no pueden ser ni diez minutos antes ni diez minutos después, es como una cábala. Te acostumbras tanto a tus paradas, rutas, zonas que parecemos robot en muchas ocasiones.

En cuanto llegaba a casa le daba el pecho al bebe y por fin ya podía irme a dormir.

Dormía tres o cuatro horas, en cuanto escuchaba a los niños me levantaba para hablar con mamá y jugar con mis hijos, atenderles y darles la comida.

Mi madre siempre era mi confidente, muchas veces junto con Nury, ya que con Nury teníamos el trabajo en común, éramos socias, así me sentí todo el tiempo que trabajé con ella y no para ella.

Mi madre todos los días, absolutamente todos los días, en cuanto me levantaba se enfadaba conmigo porque quería que descansara un poco más. El trabajar por la noche suele ser mucho más pesado que trabajar por la mañana, a eso hay que sumarle que cada cuatro horas tenía que dejar de trabajar para venir a casa y darle el pecho al bebe.

Quería quitarle el pecho, pero Thomas no me ayudaba, no quería el biberón, el solo quería su teta.

Por lo general mis horas de trabajo eran doce, nunca menos y en ocasiones siempre más.

Nuestro sitio de encuentro con mamá siempre era en el porch, mamá se preparaba el mate y pasábamos rato juntas hablando de cómo habían pasado la noche los niños, qué haríamos de comer y le contaba mis anécdotas en el taxi.

Siempre le contaba todo, ella muchas veces se llevaba las

manos a la cabeza y me advertía y me recordaba que tenía dos hijos, por lo cual dejara de ser confiada y me pusiera una coraza en el corazón porque si no, no traería ni un euro a la casa.

Esas advertencias venían cuando por las noches de lluvia veía gente que se estaba mojando, no me estiraban la mano, claro que es porque no tendrían dinero, pero a mí me daba pena y si yo estaba libre quería llevarles, como hice en unas cuantas ocasiones.

Dos de la mañana, llovía torrencialmente, Palma estaba inundada, veo que el coche que está delante de mí pisa un charco y moja a una señora que estaba refugiándose en la parada del bus.

Al ver eso se me encogió el corazón, bajo la ventanilla y le digo que suba.

—¡Gracias!, pero no tengo dinero.

—¡Suba!, eso no importa.

—Estoy mojada y te dejaré el asiento mojado

—Tengo una toalla detrás, luego la pongo, no se preocupe.

—¡Qué amable eres! ¡Muchísimas gracias!, que dios te bendiga. Esto no lo hace nadie, ¿de dónde eres?

—Nací en un pueblito que se llama Sarandí Grande, eso está en Uruguay.

—Yo nací en Colombia, llevo cinco años aquí y me quiero ir a mi país, aquí nunca me dejarán ser de este sitio por más años que lleve y por más que mi padre sea mallorquín casado con una colombiana. Mi acento y color me delatan y siempre me señalan como una sudaca más.

—Si le consuela, yo tengo descendencia de vasco e italiano y mi acento uruguayo tampoco me dejará ser una más de

aquí, siempre me preguntan si soy argentina, pues el acento es muy parecido, pero soy uruguaya.

Llegamos hasta General Riera ochenta y para entonces no llovía tanto, la señora me quería dejar algo de dinero, pero me negué. Yo quise llevarle.

He visto cómo un chico le suplica a un chófer de bus que le abra la puerta, que recién la había cerrado y se había puesto en marcha, solo estaba a unos pasos alejado de la parada y éste no quiso abrirle la puerta.

Como el semáforo estaba en rojo le toco el claxon para llamar la atención del chico, éste me hace señas de que ¡no!, bajo la ventanilla y le digo que suba rápido para yo poder coger a ese bus y dejarle en la siguiente parada.

Cuando este sube me da las gracias unas cuantas veces, solo le digo que hacía el mismo recorrido que el bus y que me indignaba que encima que le había suplicado, ni caso le hizo.

Era una persona que se le veía con la ropa de trabajo, cuando llegué a la parada siguiente del bus, el chico se bajó corriendo, no sin antes volver a agradecer mi gesto.

Me sentí muy indignada, porque no era la primera vez que lo veía y en otras ocasiones eran personas mayores o chicas con coches de babes.

Muchas veces me sentía responsable, si lo veía no podía seguir de largo y ya, era como que tenía que ayudar, sí o sí.

Como a unas Chicas, que en plena madrugada de un fin de semana me hicieron señas de que querían un taxi, en cuanto paro me dicen que no llevaban dinero, que se lo habían gastado todo, tenían que llegar a su casa cuanto antes para

que sus padres no las castigaran.

—Suban.

—Pero no tenemos dinero y no le podemos pagar.

—Suban.

—Muchísimas gracias, vamos hasta Son Rapinya.

—Haremos un trato, yo las llevo hasta que me den un servicio de emisora o si alguien me estira la mano.

—Nos parece muy bien, estamos muy cansadas de caminar he intentar que otros taxistas nos lleven hasta donde puedan.

—Yo tengo dos niños y siempre pienso que, si algún día ellos necesitaran ayuda por cualquier cosa, me gustaría que se cruzaran con gente como yo, y que les ayuden, espero que recuerden esto y que en algún momento devuelvan el favor.

—Siempre lo recordaremos, no tenemos como pagarle porque sin darnos cuenta nos gastamos el dinero que nos dieron nuestros padres, no les llamamos porque se enfadarían con razón, y nos castigarían para la semana que viene, y si vamos a casa y les despertamos para pedirles dinero para pagarle a usted sería el mismo enfado y el mismo castigo.

Apagué el verde y las dejé a cien metros de sus casas, esperé a que entraran en su portal como siempre solía hacer cuando eran chicas o señoras solas y a altas horas de la noche. Las tres me saludaban y me dieron las gracias.

Lo que me gustó de esas chicas es que no me mintieron y por eso las llevé, es verdad que siempre pienso en que mis hijos crecerán y temo por ellos.

Tuve muchas más experiencias como esas, pero la verdad

es que siempre disfrutaba en hacer un favor, siempre y cuando me decían la verdad, siempre me lo agradecieron muchísimo y eso me confortaba más que todo el dinero del mundo.

Habían pasado dos días de aquello con estas chicas.

Estoy por la calle Unión sobre las siete de la tarde cuando, una chica me para, sube y me pide que la lleve hasta Son Rapinya. Pongo la tarifa y miro para atrás para ver si puedo salir y seguir mi camino.

—¿Eres la señora que nos llevó la otra noche?

Miro por el retrovisor, no la reconocí, y ella me reconoció por el acento, pues llevaba gafas de sol y no estaba segura si era la misma persona.

—¡Hola!, ¿qué tal?

—Bien, ¿y usted?

—Aquí muy bien, trabajando.

—¿Hasta qué hora trabaja?

—Seis o siete de la mañana, según.

—¿Qué?, pero usted no tenía hijos...

—Sí, dos niños que son un sol.

—¿Y cuándo duerme?

—¡Bueno!, cuando puedo.

—Mi madre se enfada conmigo cuando salimos de marcha porque me levanto a las seis de la tarde, del día siguiente.

—¡Uf! Yo no sé lo que es dormir cinco horas seguidas.

—¿Y cómo hace?

—Te acostumbras.

—Yo nunca me podría acostumbrar, me gusta mucho dormir, eso me dice mi madre, y el año que viene entro en la universidad. ¡No sé cómo lo voy a conseguir!

—Podemos con todo, solo que nos lo tenemos que proponer.

En cuanto llegamos a su domicilio paramos en la puerta, ella me da veinte euros y me dice que no le dé el cambio, que ella y sus amigas habían quedado muy agradecidas por mi gesto. Ella se sentía en deuda y quería saldarla pagándome, una deuda que no había, fue decisión mía.

La que hizo que mi corazón se encogiera fue una señora que iba caminando por la autovía saliendo del aeropuerto en dirección a Palma.

La situación era muy peligrosa y me di cuenta de que no sabía para dónde iba y ni dónde estaba.

Sobre las once de la noche ya no suele haber tráfico y pude ponerme a un lado de la vía y esperar a que llegara. Veo por el retrovisor que me hace señas con la mano de que no quería taxi y que siguiera.

Yo no me muevo hasta que ya está justo en la ventanilla.

—¡Sube!

—No money, I am sorry.

—No importa. ¡Sube!

Me habla en inglés, pero le entiendo muy poco y ella no me entiende. Intento explicarle que es muy peligroso que esté caminando sola a esa hora y por ese sitio.

Solo me agradece una y otra vez.

—¿A dónde vas?

—Santa Ponsa.

—Para mí muy lejos, te llevo hasta Palma y desde ahí un bus.

Sé que no me entendió, pero le hago señas en cuanto estamos llegando a la catedral, ahí hay una parada de bus y está lleno de turistas. Al bajar abre su mochila y me regala una bolsa de café, le digo que no importa, pero ella insiste y me hace un gesto con las manos de ¡por favor!, cojo el paquete de café y también le agradezco.

Sigo mi camino hasta la Plaza de la Reina. Biel me había avisado que había mucha gente esperando taxi.

Cuando llego a la Plaza de la Reina es verdad que hay mucha gente y todos me hacen seña de que están ellos primero, ¿cómo saberlo? Yo paro y el primero que sube ese es el que llevo, nadie tiene un cartel diciendo hacia dónde van, o sea que no puedo escoger, es verdad que suelen haber muchos turistas, pero no suelen ser carreras de cien euros, y por más que sean turistas el taxímetro marca lo mismo para todos, no hay tarifas de turista y tarifa de residente.

La gente no lo entiende, subieron una familia extranjera, una pareja de residentes en Palma, y me empezaron a insultar.

—¡Hija de puta! Siempre escogen a los turistas y a nosotros nos dejan tirados, que somos los que les damos de comer todo el año.

Cuando esta familia de alemanes me dice a dónde van me alegro porque es cerca y puedo volver hacer otra carrera.

Vuelvo a la Plaza de la Reina y, entre la multitud, seguía esta pareja, claro que como me habían insultado no quería que subieran y llevo a otros turistas, nuevamente la carrera era muy cerca.

Vuelvo a el mismo sitio y la pareja sigue ahí, esta vez la carrera era hasta el Arenal, pero cuando vuelvo ellos seguían ahí y estaban enfadados, pero al verme sabían que yo estaba más enfadada que ellos, pues en ningún momento les había faltado el respeto.

Pero esta vez quería llevarles, así que me pongo delante de ellos y les digo que suban, sorprendidos suben sin decir nada, tenían la misma cara que ponían mis hijos cuando se habían hecho caca.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches. ¿Hacia dónde vamos?

—Manacor, Bingo Rosales

Yo no digo nada y voy por dentro de cort para que la carrera sea rápida y económica.

Ellos no hablan ni entre ellos, solo se escucha la música que tengo puesta, pero cuando estamos llegando me piden disculpa, ya que en ningún momento me merecía que me faltaran el respeto porque yo solo estaba haciendo mi trabajo y con tanta gente esparcida lo que suelo hacer es parar justo debajo del cartel donde dice parada de taxi.

Me reconocen que se habían equivocado y me vuelven a pedir disculpa, les deseo buena noche y vuelvo al mismo sitio, pues aún había gente esperando un taxi.

En las noches de verano es verdad que hay horas puntas donde parece que todos se han puesto de acuerdo y quieren un taxi, todos somos impacientes. Muchos clientes te agradecen cuando por fin han podido subir a un taxi y otros, sin embargo, te quieren amargar la noche hablando de que la culpa la tienen los políticos, luego el ayuntamiento, la



aglomeración de turistas, los renta card y por último nosotros.

Hay momentos en los que me gustaría que hubiese un cristal insonorizado, esos que tienen las limusinas donde la subes o bajas según el momento y los cristales polarizados, con la opción de que no puedan abrir la puerta, ya que en cualquier semáforo se pueden bajar y ni te enteras.

Hay momentos en los que no quiero estar dentro del coche porque no creía lo que estaba viendo.

Estoy en la parada de taxis que está en el marítimo justo delante del hotel Palas Atenea, cuando se suben una pareja de chico chica, de unos cuarenta años, estaban muy cariñosos, me piden que los lleve hasta Puigpunyent.

Mi retrovisor es de los más largos que hay y, por lo general, tengo una buena visión, lo que sin querer en muchos momentos les veo que se besan con mucha calentura, es que sé cuándo se besan con pasión y de todas las maneras posibles porque observo mucho pero no hablo.

Antes de adentrarnos a la carretera de Puigpunyent sigo viendo que la chica estaba un poco más desenfadada, parecía que quería demostrarle que era toda una leona.

Tengo que prestar mucha atención porque ese camino es de una curva tras otra y no quería ir de prisa porque soy muy precavida.

Escucho unos besos un poco raros, pero no dejo de mirar la carretera, no puedo despistarme ni un segundo y menos por ver qué besos le estaba dando al chico. Para que vieran que yo no quería escuchar el sonar de sus besos, pongo un cd que tengo para cuando cojo por carreteras, montaña o túnel porque es cuando se va la señal.

Solo tengo uno y es uno de mis preferidos el de Il Divo, creo que fue peor, pues a los dos minutos creía escuchar que jadeaba, pero no podía mirar hacia atrás y por más que quisiera no vería nada. Es una carretera muy oscura.

Escucho y no escucho, y no sé qué escucho, pero ya me era muy rara la posición del chico, él estaba con la cabeza hacia atrás y con las manos estiradas, a la chica ya no la veía.

Pasan tres curvas más de ese momento cuando la chica me pide que vaya más despacio.

—¡Por favor! Ve más despacio, porque la polla de mi chico me llega hasta la garganta y me dan náuseas.

—¿Cómo?

—Es que, mira qué polla tiene, no puedo sola con todo esto y tú haces las curvas muy rápido.

—¡Yo no puedo creer que me pidas esto!, ¡eres una guarra!

—¿Tú no chupas pollas?

El chico quiso que me calmara, pero no era posible, no quería dejarles ahí porque ya me quedaba menos para llegar y quería cobrar por mi trabajo y por la falta de respeto hacia mi persona.

—¿A ti te gustaría que yo vaya con mi marido a tu trabajo y me tengas que ver cómo lo hago?

—Sigo tocándosela, y está que en cualquier momento te dejaremos un buen regalo aquí dentro.

—¡De verdad!, yo no me puedo creer que esto esté pasando.

No sabía qué hacer, pensaba que era innecesario llamar a la policía, pensaba en que ya los dejaba y se acabaría esta situación tan incómoda para mí, aun viéndolo no me lo creía.

Muchas veces hablábamos con compañeros y me contaban cosas similares pero el que me estuviese pasando a mí era increíble.

Opte por ir rápido y hacer las curvas muy bruscas, ella intentaba seguir por lo visto no pudo porque me seguía diciendo cosas, pero había subido el volumen de la radio para no escucharla.

En cuanto llegamos al pueblo los dejé en una esquina donde hay un bar-restaurante.

Se bajan los dos y les recuerdo cuánto es, me pagan y la chica nada contenta conmigo se arrodilla le saca el miembro al chico y sigue jugando con él, al dar la vuelta bajo la ventanilla y le digo que están locos, ella me responde que me estoy perdiendo una noche de polla grande y gorda, seguía invitándome a jugar los tres, me fui de ahí totalmente desenchajada.

A la mañana siguiente cuando se lo contaba a mamá, ella se reía, pero yo seguía sin creérmelo y juro que es verdad.

Muchas carreras eran para llevar un paquete, unas llaves, mandos, carpetas con papeles importantes, pasaportes, etc. Una noche, Radio Taxi me dio un servicio donde tenía que recoger en Marratxi, cuando estoy en la puerta del chalet sale un señor con una bolsa de papel muy bonita.

Este señor me pide que esa bolsa la tengo que llevar hasta el hotel Meliá de Mar, que está en Illetes. Según me habla, le noto un acento parecido al mío, pero cuando me dice:

—Mi sobrino está en ese hotel y queremos que tenga esto.  
¡Ta!

—¿Eres Uruguayo?

—¡Sí!

—¡Yo también!

—¡Qué bueno!, ¿sabes a quién tenés que dejarle esto?

—Ni idea

—A mi sobrino, que es jugador de fútbol y está ahí.

—¡Qué bueno! Sera la primera vez que le dé la mano a un uruguayo tan famoso en el fútbol.

Yo sé que el fútbol existe, pero no sé quién es quién, aunque en este caso hay pocos jugadores que son nombrados constantemente y a este chico sí lo conocía de verle en la televisión.

Al llegar al hotel, entré hasta la recepción y pregunté por este chico, pero él estaba en la sala muy cerca de mí y se acercó muy sonriente.

—¿Así que sos uruguayo? (nos dimos la mano), ¿qué coincidencia, que una uruguayo le traiga este paquete a otro uruguayo? Muy amablemente me pagó la carrera, nos volvimos a saludar y nos despedirnos.

También subieron famosos del corazón, actores y actrices, locutores de radio, cantantes he hijos de cantantes y toreros.

En la Plaza de la Reina se me acerca un señor con acento italiano junto a una señora, bajo la ventanilla y el señor me pide que mire al otro lado de la plaza, veo que hay fotógrafos bien preparados, era la primera vez que veía cámaras como de cine, todas estaban en dirección a mí.

El señor me pide que en cuanto pasemos por al lado de todos esos fotógrafos lo hiciéramos muy despacio.

Como no le reconocí le pregunté ¿quién era?, pero solo se

rio y no volví a preguntar, al llegar a su destino fue generoso con la propina, no puedo decir lo mismo de los anteriores famosos.

Por suerte muchas noches eran muy normales, el cliente estira el brazo para llamar tu atención, te pide que le lleves a su destino y por suerte ahí acaba todo.

Sabía que Manolo, mi ex compañero de trabajo en el Punt de Joc, estaba trabajando en el Punt de Joc de la calle Rubén Darío y me quedaba muy bien para estacionar el coche y pasar al baño, luego me tomaba una Coca Cola mientras hablábamos de todo un poco.

En cuanto me sonaba el móvil me iba corriendo porque me estaban dando un servicio de Radio Taxi y si no lo aceptaba en seguida me sancionaban, desubicándome de la zona, y por la noche aceptaba todos los servicios, ya que estaba en el sitio en cuatro minutos más o menos.

Eran mis escapadas muy frecuentes, me sentía a gusto hablando con Manolo y aprovechando para hacer mis necesidades.

Siempre lo pasaba muy mal, cuando tienes ganas de ir al baño y no encuentras dónde aparcar para ir a la primera cafetería. Yo solía ir a el aeropuerto, puerto u hoteles, todos los meses padecía cuando me venía la regla, pues si pasaba mucho tiempo sin ir al baño para higienizarme temía estar manchada y, peor aún, manchar el asiento.

Solía ir a los demás Punt de Joc porque en cada uno tenía un ex compañero y si solo quería pasar al baño no me sentía en la obligación de tener que consumir algo. Por ejemplo, en el Punt de Joc del Ocimax, ahí estaba Chema; en el del Metropolitán estaba Adela; en el de Médico Jose Darder

estaba Isabel... no pasaba todos los días, pero sí es verdad que no me olvidaba de ellos, pues habíamos compartido muchísimas horas de trabajo juntos y había sido un placer haber trabajado con ellos, y con muchos más.

Los dueños y un encargado general que siempre solía estar en la oficina eran muy simpáticos y educados, siempre fueron muy amables y humanos. Fue sin duda la mejor empresa donde trabajé y en la que en ningún momento me sentí discriminada por mis compañeros, encargados o jefes.

Aún tenía a Thomas muy bebe y no quería dejar de tomar el pecho, nos daba mucha guerra con el biberón, así que siempre le decía a mamá o a Ignacio que me llamaran he iba en cuanto pudiera a darle el pecho y volvía a trabajar. Por la noche lo hacía dos veces mínimo, el bebé estaba muerto de hambre y yo dolorida con tanta leche que me brotaba de los pechos, aunque me pusiera unos protectores para no mojarme las camisas no me daba resultado, parecía un grifo perdiendo leche por mis pechos.

Era tanto el dolor de mis pechos, que muchas veces llegaba a casa desesperada para que el bebé bebiera con prisa, para vaciar mis pechos, y al ver que tardaría mucho en darle el pecho y el dolor seguía siendo insoportable, Ignacio me ayudaba bebiendo del otro pecho, me calmaba el dolor y me podía volver cuanto antes a trabajar.

Por suerte fueron unos dos meses aproximadamente los que Thomas no quería por nada dejar el pecho, mamá le llegó a dar en baso y cucharilla para alimentarle, lo intentábamos de todas las maneras, comprábamos todo tipo de tetinas de biberón, pero Thomas quería ese calor que solo yo le daba y mis cantos al darle de mamar junto con caricias y

miradas cómplices.

Quería estar más tiempo con los niños, pero me era imposible, quería trabajar todas las horas que pudiera porque sabía que en cuanto llegara el invierno el trabajo mermaría y si tuviera la desgracia de que el coche se rompiera había que sacar de lo hecho en el verano, eso si eras prudente y guardabas.